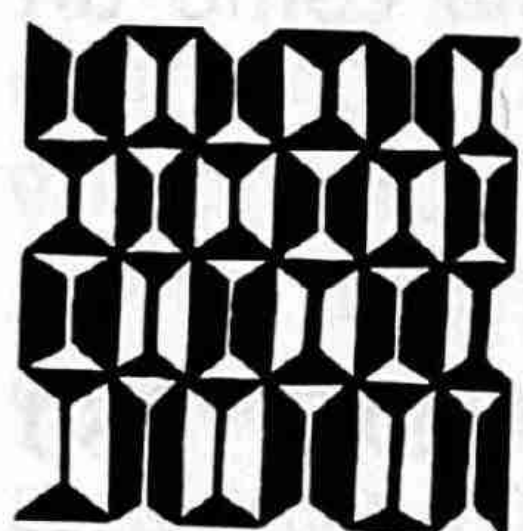


SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

Memorias de género y pánico moral en las percepciones del senderismo

Ricardo Caro Cárdenas¹



A la entrada del cementerio de la ciudad de Huamanga, hay una lápida que llama particularmente la atención. A diferencia de las demás, lleva un poema inscrito, casi nunca le faltan flores, y no es extraño observar que alguien se detenga a contemplarla. Se trata de la tumba de Edith Lagos, quien fue enterrada en dicho lugar, poco después de que trasladaran su cadáver desde Andahuaylas y atravesara gran parte de la ciudad, en la más multitudinaria y aparente manifestación de simpatía hacia la subversión senderista que sufrió el país. Esta famosa joven senderista fue asesinada en 1982, pocos meses antes de que el departamento de Ayacucho quede bajo control militar por casi dos décadas.

Su nombre figura en la relación de víctimas que la Comisión de la Verdad y Reconciliación elaboró a partir de testimonios directos.

¹ Agradezco a Sofía Vera, quien me apoyó en el trabajo de archivo; por sus comentarios, a Rosa Montalvo, Julie Guillerot, Anahí Durand y, especialmente a Valérie Robin. Un resumen de este artículo fue presentado en el IV Congreso Nacional de Investigaciones en Antropología, realizado en Lima, en agosto del 2005.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

Aparece también Carlota Tello Cutti —otra joven senderista—, dos años mayor que Lagos, con quien participó en algunas acciones armadas en Ayacucho, Huancavelica y la provincia de Andahuaylas, entre 1980 y 1982.

En los primeros años de la insurrección, el rumoreado protagonismo de ambas mujeres motivó que los medios de comunicación se ocuparan especialmente de ellas, no obstante su juventud y la posición subordinada que tenían en la jerarquía senderista. Al final de sus vidas, cada una tenía una imagen pública divergente: mientras Edith Lagos se volvió en una suerte de figura emblemática y trágica que ha perdurado, Carlota Tello fue descrita como una mujer cruel y avezada, y su recuerdo fue desapareciendo de las noticias hasta prácticamente ser desterrada, en los años siguientes, de la memoria colectiva.

En este trabajo, examino las pautas que se siguieron en la construcción de los relatos biográficos que he podido recoger sobre estas dos mujeres, e intento recomponer el proceso que estigmatizó a estas dos figuras femeninas, en tanto simbolizan a una generación provinciana y joven que se identificó con la subversión senderista. El vehículo privilegiado hacia la genealogía de sus biografías fue la prensa escrita, ya que al comenzar la insurrección, fue a través de ella que se construyeron sus imágenes públicas. De igual modo, recurro a otras publicaciones recientes, en mi empeño por esbozar una reflexión acerca de las percepciones que hubo ante la emergencia del senderista como un nuevo personaje del imaginario colectivo nacional.

I. LA PRENSA AL COMENZAR LA DÉCADA DE 1980

En los inicios de la década de los ochenta, la prensa nacional estaba saliendo de un largo periodo de censura y parametraje militar. Con la apertura política y el inicio de una nueva experiencia democrática, los medios de comunicación expropiados fueron devueltos a sus dueños y otros nuevos medios de prensa aparecieron, al amparo de un contexto de libertad de expresión.

En ese momento, un sector importante de la prensa nacional iba tomando nota de la emergencia de la insurrección senderista en este nuevo clima público y, eventualmente, intentaría jugar un rol en la tarea de darle sentido y rostro al senderismo. El desafío noticioso que representó la insurrección para los medios fue enfrentado mostrando independencia en la búsqueda de información, al menos hasta que las fuerzas armadas hicieron su aparición en las zonas de conflicto.

RICARDO CARO CÁRDENAS

En los primeros esfuerzos periodísticos por acercarse al fenómeno senderista, las primeras que llamaron poderosamente la atención fueron estas mujeres, jóvenes y violentas, tal como las describieron los primeros testigos y los informes policiales. Como veremos más adelante, el relieve mediático que se les dio —especialmente, en la prensa escrita— intentó extender e identificar una situación de amenaza o pánico moral, suscitado por la presencia del senderismo. También, fomentó una percepción pública que privilegió y singularizó ciertos rasgos del militante senderista —específicamente, en el caso de las mujeres—, con la finalidad de inducirla a la aceptación o al rechazo en la memoria colectiva.

Al comenzar la insurrección senderista, era poco lo que se sabía acerca de militantes de base. Había trascendido que se trataba de gente joven, de estudiantes de diverso nivel educativo —secundario o superior—, quienes tenían como característica común el ser originarios de las provincias de mayor pobreza del país². La poca información parecía corresponder a una falta de interés en la opinión pública, manifestada en el pobre manejo noticioso, en el desinterés de los intelectuales, los partidos políticos y del gobierno, pero también en el silencio que acompañaba a las acciones senderistas —que eran ejecutadas sin justificación pública—.

La mayoría de la prensa reaccionó, frente a la subversión, tratándola como un asunto criminal e ideológicamente inducido, tal como, por ejemplo, el principal diario del país, *El Comercio*, empeñado además en contrarrestar, de esa manera, el sensacionalismo que acusaba en la prensa de izquierda y amarilla³. Sólo con la expansión de los atentados y la captura de algunos militantes, se pudo comenzar a dar rostro al senderismo de base. Algunos jóvenes arrestados fueron, aparentemente, escogidos para configurar esas primeras facciones de una subversión desconocida, confundida todavía con un imaginario guerrillero romántico y con las ansiedades políticas y sociales de la izquierda marxista.

A comienzos de 1982, el recién fundado diario *La República* —un diario identificado con posiciones de izquierda— decidió, como estrategia de posicionamiento, que «un espacio importante» del contenido del diario sería dedicado a las noticias policiales, debido a que «entusiasmaban las ventas»⁴. Así, inició una serie de reportajes sobre avezados

² Chávez de Paz, 1989.

³ Peralta, 2000, p. 32.

⁴ El primer número del diario *La República* salió el 16 de noviembre de 1981. *La República*, suplemento «16 años y seguimos creciendo», s/f.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

delincuentes limeños, cuyas hazañas y capturas fueron destacadas en las páginas policiales de ese entonces, en medio de la crisis institucional de la policía y la desidia del gobierno.

El verano de ese año —1982—, esta serie tuvo que hacer un paréntesis para informar sobre el asalto de Sendero Luminoso a la cárcel de Huamanga y la fuga masiva de los internos. Pocos días después de ese suceso, *La República* envió a dos corresponsales, quienes también se preocuparon por recoger más información sobre el sorprendente grupo subversivo. La oportunidad de acompañar a las fuerzas policiales que iban tras la pista de los fugitivos, les permitió llegar a la localidad de donde era oriunda una de las integrantes del grupo, Carlota Tello. De esta manera, pudieron identificar y entrevistar a sus familiares.

Con el material recogido, estos corresponsales construyeron una serie dedicada a la vida de Tello, a la que titularon «Historia secreta de una guerrillera». Y, del mismo modo como se había hecho con los reportajes sobre personajes del hampa, el de la joven senderista ocupó las páginas centrales del diario en tres episodios, que aparecieron el mes de marzo de aquel año.

II. CARLOTA TELLO CUTTI: LA MUCHACHA MALA DE LA HISTORIA

De origen campesino, Carlota Tello tenía 21 años cuando escapó de la cárcel de Huamanga. Un reportaje de *La República*, del 15 de marzo, subtulado «‘Camarada Carla’: una mujer que juega con la muerte», la describe así:

[...] de temperamento enérgico, pese a su baja estatura (1.50 a 1.56 metros), Carlota es, según describen sus familiares y amigos, ‘una chica de temple que, desde el colegio, mostró dotes de lideresa’. Algo crespita, de cabello ensortijado, con una magnífica dentadura, rostro de facciones angulosas, ‘ella no es fea’, como dijo uno de sus compañeros de lucha estudiantil.

También, se señala que Carlota Tello —nacida en el anexo de Cahua, en la provincia de Angaraes— tuvo «una apacible infancia», no obstante su condición de hija no reconocida —y, además, negada— por su padre, Vicente Tello. Éste, desde la casa de la familia —ubicada en el caserío de Buena Vista—, había afirmado insistentemente a los periodistas que

RICARDO CARO CÁRDENAS

«jamás reconoció a Carlota como hija» y que «ella [la mamá] le puso mi apellido contra mi consentimiento», dando a entender que ‘ella’ había obviado la condición social que le correspondía como varón/padre.

Finalmente, quiso restar legitimidad y verosimilitud a la supuesta filiación, afirmando que sostuvo «relaciones amorosas» con la madre de Carlota durante una época, pero que él no la concibió porque «había roto sus vínculos sentimentales con ella» meses antes de «la fecha que Carlota fue concebida». Esta última frase se empeña en una precisión que no es casual: él —Vicente Tello— puede afirmar cuándo y por qué dejó de tener sexo con la madre de Carlota. Y, basándose en esa misma seguridad, increpar a la madre de Carlota, aduciendo que ella no podría estar segura.

Con la difusión del relato que dio Vicente Tello a los periodistas, se pretendió eximirlo de la responsabilidad que tenía como padre de una hija senderista. También, da cuenta de una orfandad de Carlota, la que el periodista detalla para enfatizar los rasgos que le resultan esenciales en la construcción de su biografía:

De allí nace quizá el carácter hosco y resentido que en diversas ocasiones de su vida puso en evidencia la futura combatiente. ‘Su mirada penetrante a veces se ensombrecía con algo indescifrable que delataba rencor o encono’, recuerda una de sus compañeras de colegio⁵.

El rencor acumulado por Carlota Tello —«indescifrable» para quienes no conocían sus antecedentes familiares— fue insinuado y caracterizado como un rasgo que se le atribuye a la negación o ausencia de ese padre. Lo que explicaría también, a fin de cuentas, su soterrada animosidad contra los hombres.

Antes de cumplir los trece años, fue a vivir a Huamanga, donde trabajó como doméstica en la casa de un abogado y, probablemente, con otras familias. Allí también estudió la secundaria, en el colegio estatal «Mariscal Cáceres», del que proceden varios de los jóvenes senderistas que participaron en la lucha armada.

El *Diario de Marka* —que la había descrito «como una mujer fría, impersonal, arrojada»— aseguró que sus primeros contactos con el

⁵ Caycho, Víctor, «Historia secreta de una guerrillera (capítulo I), ‘Camarada Carla’: una mujer que juega con la muerte», *La República*, 15 de marzo de 1982.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

senderismo se habrían originado en el vínculo amoroso que tuvo «con el profesor Cirilo Quispe» —un antiguo dirigente de Sendero Luminoso—⁶. Por su parte, los reportajes de *La República* indican que fue una regular estudiante, aunque posiblemente —señalan— haya sido apoyada por los profesores con los que participó en la huelga escolar y magisterial de 1978. No obstante, estas características no son las más importantes para los periodistas.

Más bien, el relato se detiene para dar detalles sobre su madre, quien

[...] había sentado sus reales desde hacía varios años en ese lugar, de exuberante vegetación, rodeada de grandes riscos y acantilados. Era una mujer muy liberal y apasionada. Amó muchas veces y hasta las últimas consecuencias⁷.

La descripción de Carlota Tello es, pues, sustituida por la presencia de otra mujer —su madre—, cuya presentación incluye la «exuberancia» de la geografía del lugar donde vive —connotando rasgos de una sensualidad física que parecen aludirla—. Y a continuación, se añaden otros rasgos que contienen una carga moral implícita —«liberal y apasionada»—, los que dan cuenta de las características de una mujer que vive disipadamente entre los hombre

Es más, parecen ufanarse con el hallazgo, al señalar que

La República reunió, en excepcional ocasión, a dos de los maridos de la madre de Carlota, que lleva su mismo nombre. Ambos, Vicente Tello y Carlos Mattos, tienen hijos de dicha mujer, quien ahora se encuentra en la selva con otros convivientes y en compañía de Florencio Mattos, fruto de su unión con Carlos⁸.

La descripción que *La República* hace en estos reportajes sobre la madre de Carlota Tello parece ser una antítesis erotizada de los rasgos o dotes de la hija, quien se muestra asexuada o, más bien masculinizada, por su agresividad.

⁶ *El Diario de Marka*, miércoles 23 de febrero de 1983, p. 5.

⁷ *Ibid.*

⁸ V. Caycho, *op. cit.* Carlos Matos fue asesinado por Sendero Luminoso en 1985. Al respecto, ver: CVR, tomo IX.

RICARDO CARO CÁRDENAS

<i>Carlota Tello</i>	<i>Carlota madre</i>
Temple/valor y crueldad	Exuberante
No es fea	Tiene varios convivientes
Dotes de lideresa	Liberal
Carácter hosco y resentido	Apasionada
Rencor o encono	Amó muchas veces
Mirada penetrante Juega con la muerte	Amó hasta las últimas consecuencias

De esta manera, las dos imágenes aparecen así para sustentar la construcción de un modelo de mujer amenazante —ya sea por masculinización o por desenfreno—, que hace visible, a su vez, una subversión moral del mundo, en la que el dominio masculino es transgredido y confrontado. De otro lado, los rasgos y detalles de la permanencia de Tello en la ciudad como trabajadora doméstica —un ámbito de dominio patriarcal— se añaden a los sentimientos de desconfianza y temor que paulatinamente se van también reflejando en una ciudad poblada de jóvenes estudiantes, de origen popular y rural. En este reportaje, el diario *La República* criminaliza la historia de esta joven senderista presentándola como antisocial y peligrosa, de la misma manera que describió a los protagonistas de las series policiales que venía publicando en las mismas páginas, semanas atrás.

En esta suerte de picota editorial, el perfil de Carlota Tello es el de una mujer endurecida por sentimientos de odio que se habrían originado en el desprecio paterno. Por otro lado, ella era una «macho», una mujer apropiada de rasgos masculinos de valor —don de mando, armada y dominante—, los que explicarían su protagonismo en el grupo subversivo. De igual modo, otra manera de calificar negativamente la figura femenina de Carlota fue presentando a su madre —que se llama igual— como una mujer de muchos «maridos», una suerte de mujer sin ley, o con más de una; es decir, capaz de traicionar —tal como lo sugirió Vicente Tello, al acusarla de haberle atribuido engañosamente la paternidad de Carlota—. Por supuesto, la investigación periodística —realizada por dos limeños— no verifica suficientemente esta información y queda la versión del ex «marido» y la de la propia Carlota —como la secuencia perversa de su madre, quien continúa viviendo en el ambiente «exuberante» de la selva—.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

La 'camarada Carla'. - Después de la captura de Edith Lagos, en la víspera de la navidad de 1980, Carlos Alcántara —otro joven dirigente senderista— asumió la responsabilidad del Comité Zonal de Huamanga. Según Gorriti (1991), en ese momento, una de sus principales lugartenientes fue Carlota Tello Cutti, quien «en los años siguientes, iba a adquirir una reputación simultánea de valor y crueldad». Ella habría sido, entonces, una destacada militante que acompañaba a Víctor Quintanilla («Tomás») en el trabajo campesino del comité zonal que abarcaba Ayacucho y Huanta.

Desempeñando ese cargo, participaría en los ataques a los puestos policiales de San José de Secce —enero de 1981—, Luricocha —19 de abril— y Quinua —15 de agosto—, en el que asesinaron a un policía. Después del ataque a San José de Secce, se dice que Carlota fue capturada por los pobladores y entregada al destacamento policial del pueblo. El hecho no está muy claro, pero se sabe que —según un reportaje— pudo escapar rápidamente al lado de Jesús Luján, a quien los medios señalaron como su «marido», «conviviente», «amante», «compañero sentimental». Finalmente, fue detenida al lado de Luján, el 7 de setiembre de 1981, en el anexo de Campanilla, distrito de Pacaycasa, e internada en el penal de Huamanga.

Carlota Tello volvería a aparecer en la prensa tras el asalto y liberación de los presos senderistas de la cárcel de Huamanga, el 3 de marzo de 1982. Inicialmente, el diario *La República* señaló que ella estuvo entre los atacantes, dirigiendo el asalto principal, armada de una ametralladora. Lo cierto es que después de la fuga masiva, su fama aumentó considerablemente.

En esa ocasión, la policía persiguió a los fugitivos hasta Buenavista, en donde encontraron a varios testigos que dieron información sobre sus rasgos físicos. En esa persecución, encontraron a Jesús Luján, quien había sido abandonado en el camino, tras ser gravemente herido durante la fuga de la cárcel. La policía poco pudo hacer para salvarlo. Los senderistas pudieron escapar de sus perseguidores debido al conocimiento del terreno y la ayuda de Tello, quien además —según el relato de *La República*— era conocida en la zona. Por ello,

[...] siempre una voz amiga la protegía, siempre alguien delataba la presencia de los perseguidores, siempre alguien les acogía brindándoles ayuda y escondite. He allí la ventaja de los terroristas sobre las fuerzas policiales⁹.

⁹ *La República*, 15 de marzo de 1982.

RICARDO CARO CÁRDENAS

Poco después de la fuga —de acuerdo a la información recogida por Uceda (2004)—, Carlota Tello asumió la responsabilidad de la «red territorial, el sistema de apoyo campesino» a Sendero Luminoso en las provincias de Huanta y Huamanga, en reemplazo de «Tomás» —desaparecido en manos de las fuerzas del orden—. El mes de junio, participó en la reunión del Comité Zonal de Ayacucho sobre la retransmisión de la Segunda Conferencia Nacional —junto a todo el elenco senderista ayacuchano —alrededor de cien personas—, realizada en el distrito de Macachacra, provincia de Huanta¹⁰. Esta reunión fue dirigida por «Clara», quien hasta ahora era una desconocida dirigente senderista que murió al lado de Carlota Tello, en 1984.

El 18 de noviembre de 1982, Tello habría participado en la toma del pueblo de Pacaycasa. Luego, el 8 de diciembre, habría escapado del asedio de la policía en Allpachaca. Aparentemente, continuó actuando en las provincias del norte de Ayacucho, intentando ganar adeptos entre los campesinos de las alturas. Tras un breve periodo de apoyo y adhesión, las poblaciones de estos lugares se volverían, paulatinamente, reacias a la presencia senderista y su régimen de terror. Un senderista detalló así este momento:

Llegábamos [a Huaychao], reuníamos a todos y explicábamos en quechua lo que queríamos. A veces Lleras, a veces Carla, a veces yo. Organizábamos cosas. Había demasiada delincuencia en la zona: campesinos abigeos, ladrones. Iban a las partes bajas, robaban y volvían a subir. Nosotros agarrábamos a algunos delincuentes conocidos, los azotábamos, cinco o seis latigazos, y les rapábamos la cabeza delante de todos. Después, decíamos que no íbamos a permitir el robo. También hacíamos propaganda política. Esto los incomodaba. Siempre pasábamos por la zona, pero eran muy reacios con nosotros. Disimulaban. A veces les decíamos que nos prestaran algo de ropa o frazadas para descansar y no querían dar. Eran muy distantes, no había una unidad ni acogida¹¹.

Tras el ingreso de las fuerzas armadas, en diciembre de 1982, la situación de los senderistas en la zona norte de Ayacucho empeoró aún más. Durante los meses que siguieron, los senderistas vivieron «a salto de mata», debido a la creciente insurgencia campesina y al asedio de la infantería de marina. En algún momento de 1983, la camarada «Carla»

¹⁰ Uceda, 2004.

¹¹ Uceda, p. 71.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

estuvo a punto de ser asesinada por campesinos de la zona de Uchuraccay, pero uno de ellos —un colaborador— la arrancó de sus captores, permitiéndole la fuga.

Por ello, algunos diarios la dieron por muerta a comienzos de 1983, en un paraje de Andahuaylas. Tras el desmentido, desapareció prácticamente del foco de interés periodístico (Imagen 1). En julio de 1984, salieron noticias sobre la «camarada Carla» dirigiendo un asalto al puesto policial de Luricocha, en el que murió el jefe del puesto y los demás resultaron heridos.

En esa oportunidad, los periodistas recogieron una curiosa descripción de «la camarada Carla»: «una muchacha alta y rubia, de regular contextura que vestía un buzo color rojo y zapatillas.»¹² No sería la única vez que se darían estos rasgos —quizás idealizados— al informar sobre las acciones de las senderistas.

«Si tenía arma, yo hubiera parado».- Casi veinte años después de su muerte, el recuerdo de Carlota Tello volvió a través de las averiguaciones de campo de la CVR. Sin proponérselo, los equipos de investigadores se encontraron con información de la actuación de la joven senderista en el Comité Regional Principal —Huancavelica, Ayacucho y Andahuaylas—. A partir de los testimonios de los pobladores rurales, se conoció la imagen transgresora de Carlota Tello, que no se aleja mucho de aquella otra que intentaron elaborar los medios de prensa limeños.

Según estas declaraciones, ella habría pertenecido a las columnas móviles senderistas, con las que incursionó en las provincias de Angaraes —Huancavelica—, Víctor Fajardo y Huancasancos —Ayacucho—, entre 1982 y 1983. Actuó bajo los seudónimos de «Marcela» y «Carla»¹³, y fue la «subsecretaria» de la camarada «Ana»¹⁴ en el ámbito de territorio que comprendía el Comité Regional Principal, en el que la actuación de estas mujeres imprimió un perdurable recuerdo.

Según las entrevistas realizadas por la CVR, «la población no solamente las recuerda porque eran mujeres, sino también porque eran extremadamente crueles»¹⁵. Acorde con esta opinión, un testimoniante recuerda la aparición de la «camarada Marcela» en su pueblo:

¹² Kausachum, 2 de julio de 1984.

¹³ Uceda, 2004; CVR, 2003. Los militantes senderistas llevaban seudónimos distintos dentro y fuera del partido. 'Marcela' fue el seudónimo que usaba Carlota Tello dentro del PCP-SL, mientras que 'Carla' fue el empleado entre las «masas» y el que se difundió rápidamente por la prensa.

¹⁴ No tenemos referencias de la identidad real de la camarada «Ana».

¹⁵ «Educación y Sendero Luminoso en Vilcashuamán», CVR, Sede Sur Central, Estudios en Profundidad, Lima, enero del 2003. Las cursivas son del autor.

RICARDO CARO CÁRDENAS

[...] entonces, empezaron a gritar: 'icamarada Marcela ha llegado! icamarada Marcela ha llegado!', diciendo estaba la gente, también decían: 'idicen que es matona, nos va [a] matar', diciendo eso, de miedo estaban algunos, ya estaban ocultándose [...]¹⁶

La aparición de las jóvenes senderistas suscitaba miedo y un desorden que ellas reforzaban e instigaban con su presentación y violencia arbitraria. En el tradicional «orden de cosas» de la sociedad rural, los varones —detentadores del poder y la autoridad— veían vulnerada su primacía, y sufrían una castración simbólica que la insolencia de estas jóvenes refrendaba sin miramientos por el sexo o la edad de sus eventuales víctimas.

Chicas así, armadas, me llevaron a la plaza [...] sí, chicas que no valían la pena, pero como tenían arma, teníamos que obedecer, pues [...] ¡Repugnante esta situación!, si tenía arma yo hubiera parado (Sancos, varón, 35 años).¹⁷

Como reacción a ello, este testimoniante varón expresa su asco, enfatizando el hecho de que la «situación» y las mujeres que participan en ella se encuentran fuera del orden moral —«no valen la pena»—, ante lo cual no cabía sino responder con igual o mayor violencia. Desde la perspectiva de este testigo —cuya manifestación condensa el sentido y sentimiento de su experiencia—¹⁸, esta «basurización» de la transgresión femenina compone una realidad que sugiere, a su vez, las formas de hacer justicia y de establecer el orden, alterado por estas amenazadoras apariciones.

Como contrapartida, en el mismo informe de la CVR se menciona que parte del mensaje proporcionado por las mujeres senderistas —y se menciona el caso de la «camarada Carla»— consistía en el ofrecimiento de «espacios de desarrollo» a las mujeres dentro de Sendero Luminoso. En Sancos, una entrevistada —quien habría sido militante durante su adolescencia en Sendero Luminoso— recuerda que:

Las mujeres siempre hemos sido marginadas, teníamos miedo de opinar [...] pero Sendero Luminoso valoraba a las mujeres, la camarada Carla decía: 'las mujeres tenemos que actuar, tenemos

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ «La violencia en las comunidades de Lucanamarca, Sancos y Sacsamarca», Informe Final de la CVR, Tomo V, capítulo 2, Lima, agosto de 2003.

¹⁸ Silva, 2003, 2005.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

nuestras ideas, somos iguales a los varones' (Teresa, 35 años, Sancos)¹⁹.

En opinión de esta mujer, la oportunidad de actuar y opinar en la organización senderista sin ser marginada era un estímulo para rebelarse, no obstante la «valorización» de las mujeres debía revestirse de una presentación agresiva y amenazante en las filas senderistas, igualando o emulando la violencia asociada al poder masculino, tal como lo describió el indignado joven que fue sorprendido por mujeres armadas «que no valían la pena», a las cuales debía obedecer.

Del testimonio, se deduce que estas mujeres no hubieran podido participar en el movimiento subversivo, si el arsenal masculino no hubiese estado disponible para todas ellas —mujeres dominantes, de carácter «enérgico», con la capacidad de demostrar una violencia arbitraria y cruel, dispuestas a todo, e «iguales a los varones»—.

La muerte de Carlota Tello.— Las últimas noticias sobre Tello provienen de las entrevistas de la CVR a los sentenciados por terrorismo y del libro de Ricardo Uceda²⁰. Ambas fuentes coinciden en establecer que la captura de Carlota Tello se realizó «la tarde del 14 de noviembre de 1984»²¹, cuando se realizaba una reunión del Comité Zonal de Ayacucho en las faldas del cerro Pongora —cerca de Huamanga— aprovechando la realización de una feria local.

La reunión fue delatada por un integrante del comité zonal, responsable de una base en la provincia de La Mar, que habría dejado la reunión «resentido» y apocado por las críticas que recayeron sobre él. Tropas del ejército rodearon el lugar de la reunión y el asalto produjo varias muertes y la captura de seis personas —cuatro mujeres y dos hombres— que no pudieron escapar²². Según el testimonio de una senderista presa que militó en la zona y conoció a las mujeres, éstas fueron desnudadas, acostadas boca abajo y esposadas, y luego trasladadas a la base de Los Cabitos, ubicada en la ciudad de Huamanga²³.

Uceda rescata algunos de los últimos instantes de «la pequeña y

¹⁹ *La violencia...*, op. cit..

²⁰ Uceda, 2004.

²¹ *Ibid.*, p. 116.

²² Además de Carlota Tello, en la reunión se encontraban Elizabeth Barboza, Marlene del Villar y Elvira Ramírez, «ninguna llegaba a los treinta» (Uceda, 2004). Las cuatro fueron ejecutadas en el Cuartel Cabitos de Huamanga y aparecen en la relación de víctimas de la CVR. Elvira Ramírez era «Clara», la responsable del Comité Zonal de Ayacucho.

²³ Testimonio dado a la CVR.

RICARDO CARO CÁRDENAS

flamígera senderista»²⁴, quien tras ser rápidamente identificada, asumió el liderazgo entre sus compañeros detenidos, concentrando el interés de sus interrogadores y desviando la atención hacia sus compañeros —entre los cuales, estaba la principal responsable senderista en Ayacucho, Elvira Ramírez—. Agresiva y vociferando sus respuestas, Tello atrajo la atención de su eventual asesino:

Desde que la vio por primera vez, pequeña y sólida, con el pelo recogido hacia atrás, Carlota Tello fascinó a Jesús Sosa por su fuerza y dominio de escena²⁵.

A su turno, Sosa enfrentó a la joven, sexualizando, lamentable y abiertamente, la atracción que sentía por ella:

Cuando Contreras hubo salido, se dio vuelta para encararse con Carla.

—Ahora quiero que me grites como al gordito —le dijo, acercándose a ella—.

Carla no parpadeó. Clavó sus ojos en Jesús Sosa.

—Anda, grítame —dijo él—. Y desde ahora quiero que sepas que voy a cacharte.

Carla contestó con la misma mirada pesada:

—No te tengo miedo.

El resto de detenidos observó la escena. El agente sólo quería hacer una bravuconada y ver cómo respondía la senderista.

Cuando subió, estaba conmovido por la entereza de Tello. ‘¿Yo sería así si estuviese en su pellejo?’, se preguntaba. Y la duda le daba vueltas en la cabeza²⁶.

La violencia sexual, expresada en la «bravuconada» de Sosa, restablecía los códigos de una jerarquía que la joven había desafiado con su vociferante insolencia. La amenaza de violación es anunciada y colocada como una estrategia de dominación de los captores, una violación que ella sabe posible y que intenta quebrarla. El impacto que dejó su «entereza» conmovió a Sosa, quien quedó, inmediatamente marcado por ese recuerdo. Meses después, cuando él mismo se encargaría de identificar los lugares donde enterró a sus víctimas, volvería a encontrarse —fascinado— con los restos de la joven:

²⁴ Uceda, p. 45.

²⁵ *Ibid.*, p. 117.

²⁶ *Ibid.*, p. 119.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

Otro reconocimiento súbito fue el de Carlota Tello Cuti. La hermosa cabellera negra de Carla, larga hasta la cintura, apareció intacta, hasta la mitad del cadáver²⁷.

Debido a este testimonio y a la pluma de un periodista de la época — Ricardo Uceda²⁸—, una imagen de Carlota Tello queda presente en la memoria. Tuvieron que pasar más de dos décadas para descubrir el desenlace final de la vida de Tello y sus camaradas. No fue un final épico. De hecho, un manto de olvido cubrió su recuerdo hasta ahora, como el de toda una generación de jóvenes senderistas, a quienes el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso casi no recordó. No obstante, un sector de la izquierda peruana se sintió afectada y atraída principalmente por el extraño sacrificio de una de sus más emblemáticas figuras hasta la actualidad, Edith Lagos, asesinada dos años antes que Carlota Tello.

III. EDITH LAGOS: LA SENDERISTA, LA DIANA, LA POETA

Edith Lagos Sáez nació el 27 de noviembre de 1962; fue la sexta de siete hermanos. «Desde que empezó a hablar» —declararon sus hermanas a la revista *Gente*²⁹—, ella resaltó por su «gran inteligencia», porque «llamaba a las cosas por sus nombres y a cada cual le daba su valor.» Fue una niña —recuerdan— «traviesa y alegre» que, conforme fue creciendo, tuvo «súbitos estados de melancolía». Marcada por esta ambigüedad de su carácter, ella habría sido también sensible a la pobreza en Ayacucho.

Debido a que —según este relato familiar— Lagos era dueña de una sólida moral, la muchacha desarrolló pronto un liderazgo y una rebeldía que la hizo destacar entre sus compañeras de escuela. Tuvo una educación tradicional, en un colegio de monjas, en el que aprendió a declamar, a bailar y a tocar piano. Así, formó parte del coro del colegio y, en repetidas ocasiones, representó a santas en las actuaciones escolares, actividades que debían contribuir a configurar su femineidad. El reportaje —basado en entrevistas a sus parientes— enfatiza rasgos

²⁷ *Ibid.*, p. 145.

²⁸ Ricardo Uceda era jefe de redacción de *El Diario de Marka* durante la época en que Carlota Tello fue haciéndose conocida.

²⁹ Heredia, Julio, «Edith Lagos: la otra historia», *Gente*, setiembre de 1982.

RICARDO CARO CÁRDENAS

que la configuran como una persona más moderada, en términos sociales y morales, elaborando la retórica de una distinción que intenta coincidir con el mito popular que, años más tarde, un reconocido periodista condensaría para informar sobre el indudable atractivo de su leyenda:

En contraste con su padre, un comerciante relativamente enriquecido en poco tiempo, Edith Lagos era una persona que exudaba la entrega intensa y total a la rebelión senderista, por las razones que llevan a tantos jóvenes idealistas a unir sus destinos a epopeyas luctuosas: la visión de una sociedad de justicia trascendente y perdurable, más allá de las llamas y de los sacrificios que el tránsito a ella imponga. Por acusar tan marcadamente esos rasgos y por hacerlo en contraposición a su ambiente original, Edith Lagos simbolizó a esa generación de jóvenes ayacuchanos, la arcilla formada para el sacrificio³⁰.

Como se aprecia, la construcción del personaje Edith Lagos sigue, además, el camino de una heroicidad trágica: una joven singular, dotada, sensible, marcada por un estigma social y un destino —quizá— ejemplar. Personajes como éste condensan narrativas sociales y estructuras de sentimiento arraigadas y latentes en los contenidos del relato del héroe. Hay, pues, un empeño sintomático en su fama y, en este caso, una manera de transmitir y percibir el destino de una generación de ayacuchanos. Considero, además, que es el relato de un desencanto moral, y un esfuerzo de simbolizar —con su caso— un contexto y una emoción social afectada.

La Huamanga de la adolescencia de Edith fue parte de ese gran escenario de movilización social —contestatario y nacional— que caracterizó la década de 1970. Como Carlota Tello y decenas de jóvenes, ella también participó en las luchas estudiantiles contra las reformas en la escala de calificación escolar, cuya violencia y convocatoria tuvo un fuerte impacto regional a fines de esa década.³¹

La Universidad San Cristóbal de Huamanga —centro neurálgico de la historia política departamental— fue recesada por varios meses debido a la violencia estudiantil. Como sucedió en Lima y otras ciudades, la reacción de las organizaciones estudiantiles politizadas por la izquierda

³⁰ Gorriti, 1991.

³¹ Los escolares huamanguinos crearon el Comité Coordinador y Unificador del Movimiento Estudiantil Secundario (CCUMES), al que perteneció Edith Lagos en su último año de secundaria.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

fue de una mayor radicalización política y la presunción de que, en efecto, el país se dirigía a un desenlace armado y revolucionario.

Recogiendo las memorias de aquellos años de lucha estudiantil, el diario *La República* intentó recrear un personaje más fanatizado y agresivo con Edith Lagos, mostrándola como una muchacha ajena al mundo ideal de sus «compañeras de colegio» e involucrada en «mítines y marchas» desde la adolescencia:

En 1976, cuando sus compañeras de colegio soñaban dulces romances, Edith Lagos levantaba sus puños en alto para gritar en los mítines y marchas, ubicándose siempre en los sectores 'más radicales'³².

Durante esta etapa, el curso de su vida se habría salido del guión que le correspondía seguir al lado de sus contemporáneas, vinculándose, en cambio, con la organización senderista, y participando —señala el diario— en sus campamentos de entrenamiento en Julcamarca.

Sin embargo, las averiguaciones sobre la biografía de Edith Lagos, realizadas por *Gente* —que se ocupó, especialmente, de ella—, encontraron que acabó la secundaria como una líder generacional, a la que se encargó hacer el discurso final de la promoción escolar, en una ceremonia extrañamente modesta para las estudiantes de uno de los mejores colegios de Huamanga. Así, perfilando un personaje alternativo al ofrecido por *La República*, el reportaje de *Gente* (Imagen 2) cita a una ex condiscípula, quien recordaba el discurso de clausura que pronunció la rebelde joven:

Una de ellas, sin poder disimular un temblor ostensible y sudorosas manos, recordó literalmente las palabras con que terminó el discurso promocional de Edith aquel diciembre de 1978: '[...] Cuántas de nosotras, luego de palpar la vida, sabremos servir al Perú con significado verdadero. Cuántas de nosotras nos olvidaremos que hay muchas niñas que nos necesitan. Cuántas de nosotras lograremos una profesión para sentarnos en una mesa o en una oficina, para mandar o ser mandadas, para explotar o ser explotadas, para servir o ser servidas. Cuántas de nosotras asumiremos el real papel que nos corresponde, el de hacer patria.

³² Chávez, Ernesto y Georgina Pareja, «Edith Lagos quiso cambiar el país apretando el gatillo», *La República*, 7 de setiembre de 1982.

RICARDO CARO CÁRDENAS

Porque la juventud hace patria. Cuántas de nosotras nos acusaremos, nos venderemos al explotador. Cuántas de nosotras habremos aprendido lo que realmente necesita esta realidad. Seamos sinceras, humildes, sencillas y reales’.

A modo de arenga, este discurso supone un mandato generacional — «servir al Perú con significado verdadero», «hacer patria», conocer «esta realidad»—, es un llamado a la acción y a la pureza, aunque las virtudes exigidas —ser «sinceras, humildes, sencillas y reales»— atenúen el desafío generacional expresado en el discurso de la joven Lagos, justo cuando la Huamanga de esos años atravesaba por transformaciones que la llenaban de ansiedad y violencia. El «temblor ostensible» y las «sudorosas manos» de la excondiscípula revelan la ansiedad y tribulación de esas mujeres jóvenes, quienes contemplaban el destino de quien «luego de palpar la vida», había muerto, afirmando los sentimientos soterrados que el orden establecido no podía contener.

En 1979, Edith se mudó a Lima para estudiar derecho en la Universidad San Martín de Porras. No se sabe si fue por decisión de sus padres, pero estudió en la capital un año. Fue una alumna regular y con calificaciones que fueron decreciendo rápidamente en el segundo semestre de estudios. De hecho, durante 1980, comenzó a abandonar los cursos y, luego, dejó de matricularse. Según los reporteros de *Gente*, en esta etapa decidió su ingreso a Sendero Luminoso, el cual se habría debido

[...al] hecho de saber que un buen número de sus paisanos habían abrazado la causa de la guerrilla, sumando a su antigua rebeldía frente a las injusticias [...]»³³.

Por su parte, la revista *Oiga* recogió la versión de que una enfermedad de su madre había frustrado «sus deseos de ser abogada», obligándola a volver a Ayacucho, «donde se dedicó a administrar una tienda de abarrotes que forma parte de los negocios de la familia»³⁴.

La «presa más codiciada».- De vuelta a Huamanga, se integró a los destacamentos urbanos de Sendero Luminoso. El 24 de diciembre de

³³ Heredia, J., *op. cit.*

³⁴ Revista *Oiga*, «La mujer más buscada del Perú. ¿Quién es Edith Lagos?», 15 de marzo de 1982, p. 19.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

1980 —a siete meses de iniciada la lucha armada senderista—, fue capturada mientras transitaba de noche por el Puente del Ejército de esa ciudad, camino «a un concurso de baile de navidad» —según registra la revista *Caretas*—³⁵. Hasta ese momento, para los medios de prensa, ella era una desconocida integrante del grupo subversivo: «Es una mujer diminuta, una chiquilla, tiene los ojos claros y no parece guerrillera» —se señala en un artículo—³⁶. *Caretas* la presenta como «una muchachita de ojos claros y rasgos finos que está tratando su traslado a una universidad limeña».

La imagen de inocencia y fragilidad expresada en los artículos contrasta con su historial como activista, que no era desconocido en Ayacucho. Sus antecedentes la colocaron rápidamente como una de las cabecillas de Sendero Luminoso, aunque lo más probable es que tuviera una responsabilidad intermedia. Se le acusó de participar en diversos atentados dinamiteros a lo largo de aquel primer año del Inicio de la Lucha Armada (ILA)³⁷, y la evidencia era, aparentemente, inapelable. Conocida su detención, se le presentó públicamente, al día siguiente. Como mujer joven y senderista despertó mucha curiosidad, sobre todo cuando se supo de sus antecedentes como líder estudiantil y su condición de integrante de una conocida familia. Estas características la hicieron especialmente atractiva en la visualización de un senderista de base, tan poco acreditado en un país que consideraba que el fenómeno subversivo era un asunto tangencial y secundario.

En su presentación, Edith Lagos fue fotografiada en un gesto casual que llamó la atención por la «entereza» que dejó impresa para la posteridad. Esa foto fue recogida en la muestra fotográfica de la CVR, *Yuyanapaq*, y ha sido reproducida muchas veces (Imagen 5). Después, fue trasladada a Lima, pero su familia intervino y regresó a Ayacucho. Durante esa breve estancia limeña, los medios capitalinos tomaron nota de su presencia. Declaró a *Caretas* que «en una sociedad donde se respeta los derechos humanos, la libertad es un derecho y un deber, exigirla»³⁸.

Fue recluida en la cárcel de Huamanga, en donde habría realizado tareas proselitistas durante el tiempo — año y meses— en el que estuvo

³⁵ Revista *Caretas*, «Contra todo y contra todos. El luminoso sendero de Edith Lagos, una chica de armas tomar», No. 630, 5 de enero de 1981, p. 12.

³⁶ Málaga, Rosa, «Morir a los diecinueve, Edith Lagos: así comienzan las leyendas», *El Diario de Marka*, jueves 13 de enero de 1983.

³⁷ Glosario senderista.

³⁸ *Caretas*, *op. cit.* Sin que guarde relación con la captura de Edith Lagos, al día siguiente de su arribo a Lima, aparecieron algunos perros muertos colgados de los postes del centro de esta ciudad.

RICARDO CARO CÁRDENAS

presa. Según un reportaje, sufrió de crisis nerviosas en la cárcel: «se le hinchaban las encías»³⁹. Otro señala que —en el «día del preso»— participó con éxito en una carrera de «cien metros planos»⁴⁰.

El 25 de julio de 1981 —a más de medio año de estar encarcelada—, un poema suyo, «Doloroso grito de la vida» —presentado con el seudónimo «Carmesí»— obtuvo el primer lugar en un concurso de composición y poesía organizado por la filial ayacuchana del Instituto Nacional de Cultura. La encarcelada poeta cimentaba así su leyenda y su difuso recuerdo se expandía como un rumor popular, creando prontamente una imagen idealizada de la joven.

Un corresponsal de una revista limeña, autor de un conocido libro sobre Sendero Luminoso, presenta así las evidencias de la fama que iba adquiriendo Edith Lagos en el país:

Meses antes que ella muriera, en la feria de Huancayo, modelo central de tantas otras ferias pueblerinas, se vendían estatuillas de madera con su imagen idealizada de guerrillera, parada junto a un árbol, en temprano retoño. Casi una Diana Cazadora andina, acabada ambigüedad de fertilidad y de guerra⁴¹.

La descripción del periodista no oculta la impresión causada por esta joven mujer —imagen de fertilidad y de guerra—, que se perdió tempranamente, y que es idealizada o endiosada, pero manifiestamente deseada como un objeto de culto. Es importante notar también que, en cierto sentido, esta imagen «consolidada» de Lagos se construyó durante el tiempo en que estuvo encarcelada, es decir, más que sus hazañas —como sucedió con Carlota Tello—, lo que activó la identificación con Edith Lagos fueron los ecos de una imagen producida por la prensa y el rumor popular, en un contexto cada vez más sensible a la represión arbitraria de las fuerzas del orden.

En ese mismo periodo, la subversión cobró una importancia creciente en el país, expulsando a la policía de sus jefaturas de línea y puestos locales de los pueblos del norte y centro del departamento de Ayacucho, y realizando atentados y apagones en Lima que tuvieron un gran impacto político. Los ataques senderistas empezaron a incrementarse, dando lugar a los primeros asesinatos y a la creación de bases de apoyo en varias provincias ayacuchanas.

³⁹ Málaga, *op. cit.*.

⁴⁰ Heredia, *op. cit.*.

⁴¹ Gorriti, 1991.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

Mientras tanto, la policía fue deteniendo y enviando a la cárcel a un número importante de cuadros senderistas —entre ellos, al responsable zonal de Ayacucho, Carlos Alcántara, de veinte años, quien sería sustituido por Elvira Ramírez, «Clara»—. Los rápidos reemplazos mostraban los buenos reflejos de los senderistas para superar sus bajas; también, advertían sobre la disponibilidad local para ser atraídos por su ambivalente fama.

Durante el verano de 1982, más de sesenta militantes se encontraban presos. Ante ello, el malestar contra las fuerzas del orden era creciente y la debilidad del estado para enfrentar a uno y ganarse a los otros, manifiesta. Tales circunstancias debieron inducir al asalto de la cárcel, en un momento en que los jefes senderistas iban a desarrollar una reunión importante en Lima.

Así, bajo el mando político de «Clara» y militar de «César», se ejecutó la orden del Comité Central de SL de liberar a los presos del penal⁴². Un primer intento, el 29 de febrero, terminó con la muerte de tres senderistas y varios heridos, quienes fueron enviados al hospital de la ciudad en el, que poco tiempo antes, se había internado al mismo Alcántara y un joven limeño, Jimmy Wensjoe.

El 2 de marzo de 1982, los senderistas volvieron a atacar la cárcel, generando confusión y descontrol en las fuerzas policiales.⁴³ Un grupo de estos arremetió contra los senderistas hospitalizados; fueron a buscarlos y los asesinaron. Como en otras ocasiones, la brutalidad policial no pasó desapercibida para la prensa, aunque pasaron algunos días para que el hecho fuera conocido a nivel nacional. A ello contribuyó la muerte de Wensjoe, hijo de un general retirado, de cuyo caso dieron cuenta los diarios limeños.

En general, la ciudad de Huamanga reaccionó con indignación y pasmo frente a la actuación policial y, por contraste, consideró a los fugitivos como audaces combatientes contra un gobierno que se manifestaba inescrupuloso e indiscriminado con los ayacuchanos. Ese ánimo fue expresado en el entierro de Carlos Alcántara, el joven dirigente senderista. Su sepelio fue acompañado por una multitud de pobladores, lo que contrastaba con la tristeza del pequeño cortejo fúnebre del policía Florencio Aronés, fallecido durante el asalto. El sentimiento colectivo en la ciudad de Huamanga había sido ganado por un malestar creciente contra la policía y el gobierno, incapaces de neutralizar la violencia.

⁴² Gorriti, 1991; Uceda, 2004.

⁴³ Hubo ocho mujeres entre los fugitivos. En total, escaparon 247 personas, pero sólo 54 estaban presos por «terrorismo», según *La República* del 5 de marzo de 1982.

RICARDO CARO CÁRDENAS

Las primeras versiones periodísticas indicaron que Edith Lagos había escapado a la zona de Julcamarca, en compañía de Carlota Tello y varios de los fugitivos. Días después, los mismos reporteros que elaboraron el reportaje sobre esta última recogieron la versión de testigos que habían visto a un grupo de senderistas huyendo de la casa de Tello, en el caserío de Buena Vista,

[...] dirigidos por una chica vestida de blanco [...] blancona, cabello crespo, muy joven (22 años) y de baja estatura, existe la seguridad que se trata de la guerrillera Edith Lagos, la presa más codiciada de las fuerzas policiales que operan conjuntamente en la zona⁴⁴.

La construcción idealizada de la imagen de la joven, que los reporteros tomaron sin detenerse en mayores verificaciones, pero con suficiente «seguridad», permitió elaborar la segunda parte del texto, otorgándole un sentido mayor a la escena descrita, en la que aparecían los policías tras los pasos de «la presa más codiciada», y esbozando inadvertidamente un móvil implícito en la persecución: la codicia. De igual modo, se estableció una asociación erotizada entre la joven —«la presa»— y los hombres —«fuerzas policiales»— que la perseguían.⁴⁵

Edith Lagos eludió a la policía enrumbando hacia Andahuaylas, donde su familia tenía contactos comerciales y ella, probablemente, era conocida. En un reportaje se afirma que pobladores «refieren haberla visto, apoyado y escondido, en diversas circunstancias, en Andahuaylas y alrededores»⁴⁶. Además, el grupo subversivo tenía importantes cuadros en la zona y existía un antiguo vínculo entre los campesinos de esa provincia y las organizaciones radicales de la izquierda.

Una cronología la encuentra entre los que asaltaron, el 4 de abril de 1982, el fundo San José de la Colpa, en la provincia de Ocos —Ayacucho—, donde asesinaron a un comerciante y quemaron el lugar.⁴⁷

Con seguridad, actuó, el 8 de julio, en la toma de Ocobamba, Andahuaylas, en la que fue asesinado un guardia civil⁴⁸. En los meses

⁴⁴ Caycho, Víctor, «Guerrilla se esconde en alturas de Huancavelica», *La República*, 13 de marzo de 1982.

⁴⁵ La conversión de la legendaria senderista en un objeto del deseo masculino sentó huella en las evocaciones futuras de la joven, tal como cuenta Robin Kirk, casi una década después: «Cuando saco la cuenta de todos los hombres que dicen haber sido amantes de Edith Lagos, obtengo una lista de aproximadamente veinte por año, contando desde la edad en que aprendió a caminar». Kirk, 1993.

⁴⁶ Heredia, *op. cit.*.

⁴⁷ Desco, 1989.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

siguientes, Sendero Luminoso amplió el área de sus acciones hasta ese lugar, y es muy probable que la bisoña guerrillera actuara en varias de ellas.

Mientras tanto, tras el ataque a la cárcel, la población de la ciudad de Huamanga quedó expuesta a un estado de incertidumbre y pasmo. Como era de esperar, lo que sobrevino fue una reacción represiva y violenta de la policía, anunciada —en forma y estilo— con los asesinatos en el hospital de la ciudad. En los meses que siguieron, corrió el rumor de que Sendero Luminoso apuntaba a tomar la misma ciudad, hecho que sumado a los imparables actos terroristas, apuntaló la arbitrariedad policial, tal como la prensa mostró en diversos reportajes. En ese contexto, caracterizado por el permanente agravio, la sociedad huamanguina se sensibilizó y expresó subrepticamente sus sentimientos en los hogares y corrillos locales.

La «comandante Lagos».- El 3 de setiembre de 1982, Edith Lagos fue abatida en Umaca, en un confuso tiroteo con un grupo de policías. Según versiones de la prensa, un hombre que la acompañaba huyó cuando los policías se retiraban a Andahuaylas para buscar apoyo. Las diversas notas —desmentidas por la familia en reportajes posteriores— señalaron que era su «novio», «amante», «conviviente».

Por coincidencia, el ministro del Interior, José Gagliardi, y el ministro de Guerra, Luis Cisneros Vizquerra, llegaron al día siguiente a Andahuaylas, con el objetivo de inspeccionar los preparativos para la instalación de una base policial en esa ciudad. Enterado del hecho referido, el ministro del Interior fue a la morgue a confirmar que se trataba de la joven senderista. La noticia impactó al gobierno y el presidente Belaunde ordenó que se le diera «cristiana sepultura» y se informara a los familiares.

El cadáver fue reclamado por sus padres, quienes consiguieron su traslado desde Andahuaylas a Huamanga. Inicialmente, su cuerpo fue cubierto con un hábito religioso, que fue retirado en Ayacucho. Sus prendas fueron conservadas para demostrar que no había muerto en la balacera, sino que había sido detenida y torturada antes de ser asesinada⁴⁹. Ya en su féretro, fue vestida con una sugerente camisa caqui, y en la cabecera de su ataúd se inscribió la frase «Comandante Edith Lagos» (Imagen 3).

⁴⁸ Información de campo recogida en 1988, en Ocobamba.

⁴⁹ Vargas P., Ilpidio Enrique, «Edith Lagos, final de drama», *Gente*, 16 de setiembre de 1982, pp. 6-11.

RICARDO CARO CÁRDENAS

Años después, Abimael Guzmán declararía a la CVR que se trataba de una maniobra manipuladora de la prensa porque, en realidad, nunca hubo cargos similares en el movimiento subversivo. Pese a todo, su cuerpo fue fotografiado y presentado en los diarios y revistas de esos días. Cayó la «comandante Edith Lagos», señalaban con creciente interés y espectacularidad —y por varios días— diarios como *La República* o el *Diario de Marka*.

Lo más notable fue su entierro (Imagen 4). De manera espontánea, una multitud de miles de personas acompañó el ataúd por una larga avenida de la ciudad, desviando el cortejo hacia la Plaza de Armas y presionando para que el obispo católico saliera a darle un breve responso, para luego marchar, finalmente, hacia el cementerio. El evento fue filmado, y en él se escuchan las arengas y consignas senderistas lanzadas por jóvenes que rodean el féretro, cubierto con una bandera comunista.

Según el Informe de la CVR:

El cadáver de Edith Lagos llegó a Ayacucho con el aura de esos personajes cuya muerte precoz relativiza su criminalidad y pone de relieve su genérica rebeldía, sin que importe mucho el color político. Su entierro fue apoteósico, según los medios que lo transmitieron. No sólo hubo planos generales de la multitud, sino detalles de su féretro y de su ropa llena de sangre. Esto propició una improvisada iconografía que algunos periódicos ayudaron a forjar⁵⁰.

En la Plaza de Armas de la ciudad, un reportero de la revista *Oiga* realizó «una encuesta entre los escolares que asistían al sepelio». El reportaje describe a los jóvenes ayacuchanos de manera muy similar a la que se presentaba a las jóvenes senderistas:

[...] hoscos, vociferantes a veces, identificándose como estudiantes de los colegios Huamán Poma de Ayala y Mariscal Cáceres, todos los entrevistados manifestaron sus simpatías por Sendero Luminoso, con expresiones en las que entremezclaban ideas de Marx, Engels, Lenin, Mao Tse Tung y José Carlos Mariátegui. Hubo un momento en que Pinedo fue acorralado y no faltó quien lanzara la idea de arrebatarse la grabadora y darle una paliza [...] ⁵¹

⁵⁰ «Los medios de comunicación», Informe Final de la CVR, tomo 3, cap. 3, pp. 477-536.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

La ominosa insolencia de los jóvenes —alumnos de colegios populares— parecía anticiparlos como sucedáneos de la joven senderista a cuyo entierro asistían. El periodista se siente asediado por esa posibilidad, y el temor y desconfianza hacia esos adolescentes que resume la escena, pretende augurar malos tiempos a los lectores.

En el cementerio, la tumba de Edith Lagos fue cubierta con una lápida —dinamitada y reconstruida un par de veces en los años siguientes— que lleva inscrito un párrafo de un poema suyo (Imagen 5), escrito durante su estancia en el penal. Varios de sus poemas son conservados por la familia. Algunos fueron publicados en la revista *Gente* dos meses después de su muerte⁵². A partir de uno de ellos —«El remolino rompió la calma»—, los conocidos cantantes y compositores Martina Portocarrero y Ranulfo Fuentes compusieron una canción —*Yerba silvestre*—, que rápidamente se popularizó y extendió la leyenda de esta joven senderista, y se integró al acervo huamanguino.

IV. PERCIBIENDO A LA ENEMIGA

La muerte de Edith Lagos generó dos tipos de reacciones en la prensa, que hasta entonces no se había ocupado de indagar en la vida de la joven senderista y que dieron cuenta de las percepciones desarrolladas acerca de la naturaleza del senderismo imaginado por la opinión pública.

1) Por una parte, predominó la imagen de una guerrillera ataviada de rasgos violentos y fanáticamente ideológicos:

La tarde del viernes pasado murió, con el dedo en el gatillo, gritando a la lucha armada, sin pedir ni dar cuartel, como epitafio de sus turbulentos veinte años vividos entre sus ideales y la violencia. Como ella siempre quiso morir, como lo exigían sus afiebradas peroratas⁵³.

⁵¹ Revista *Oiga*, «Peligrosa encuesta en Ayacucho», 13 de setiembre de 1982. El mito alrededor de Lagos se expresó en espacios poco imaginables, como el Congreso del Comando Universitario Aprista de 1983, que llevó su nombre porque había que — como señaló un diputado aprista— «reivindicar la figura de una joven que no escatimó en entregar su vida por sus ideales». *Quehacer*, No. 47, junio-julio de 1987, p. 22.

⁵² *Gente*, No. 434, 11 de noviembre de 1982. Tuvo un breve comentario del poeta Gonzalo Rose. Cristóbal, Juan, Jorge Luis Roncal y Rosina Valcárcel (editores), *Di tu palabra; 9 poetas alzadas*, Arteidea Editores, Lima, 1998, 63 pp. Molina Richter, Marcial, *Poetas mujeres de Ayacucho o un espacio para voces ausentes*, segunda edición, Lluvia Editores, 1994.

RICARDO CARO CÁRDENAS

Violenta y fanática, esta imagen de Edith Lagos se empeñó, sin mucho éxito, en rodearla del aura ominosa con la que el diario *La República* creó al personaje de Carlota Tello. Esto se prestó a curiosas interpretaciones, como la del historiador Pablo Macera, que tuvo alguna fama, en la que éste se refería a una genealogía de mujeres —que se iniciaba con Mama Huaco, pasaba por María Parado de Bellido y llegaba hasta Edith Lagos— que movilizaron en su contra al universo masculino, provocando «un ‘frente común’ masculino contra todas las vaginas dentadas o no dentadas [...]»⁵⁴. Así, el modelo transgresor llenó con éxito los vacíos biográficos sobre Tello y la imagen creada para ella de una mujer «fría, enérgica, audaz» pudo sostenerse porque cuadraba con el clima de temor e inseguridad propiciados, en parte, por la misma prensa.

- 2) Un segundo tipo de percepción pública, al que un sector de la prensa contribuyó, era opuesto a la aversión manifestada en el caso de Tello. La oportunidad de contar con un elaborado relato familiar, la verosimilitud de ciertos contextos locales y —quizás, lo más significativo— la identificación emocional que promovió la imagen póstuma de Edith Lagos, hicieron de ella una figura representativa de la sociedad huamanguina de entonces.

Recogiendo este ánimo, *Gente* asumió la empresa de elaborar una presentación de la joven senderista que incluyera «las más truculentas versiones» que discurrieron en otros medios. «¿Cuál es la verdad acerca de este ‘remolino que rompió la calma’?», inquiría el encabezado del reportaje de esta revista.

Las respuestas —como se ha venido citando— constituyen un esfuerzo —exitoso— por presentar a una joven idealista, moral y socialmente decente, y radicalizada por su sensibilidad frente a la pobreza ayacuchana. Esta versión resultó ser la más arraigada debido a la empatía que suscitaron algunos de sus rasgos y antecedentes como líder estudiantil. Algunos meses después de su muerte, en un artículo de *El Diario de Marka*, se resaltó su «leyenda», vinculada a «su opción por la vida difícil»:

Tal vez la ira empezó a crecer en su cuerpo frágil y delgado, al ver la desgarradora miseria de su pueblo. Quizás su destino era otro, una abogada, una maestra, una madre de familia, pero la increíble

⁵³ Chávez y Pareja, *op. cit.*.

⁵⁴ Macera, Pablo, «Sendero y Mama Huaco», revista *Cambio*, No. 20, 28 de agosto de 1986, p. 9.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

fuerza de la rabia por la injusticia debe habersele convertido en un torrente incontrolable, que su leyenda se encargará de narrar⁵⁵.

Lo que este artículo pretende explicar es que una suerte de sentimiento moral y de ira constituyó a Lagos más allá de «su cuerpo frágil y delgado» de mujer, y la hizo seguir un mandato que colindaba con el sacrificio, negándose a un destino mejor y deseable —abogada, maestra, madre de familia—. La rabia moral de Edith Lagos se contrapone al rencor apasionado e «indescifrable» de Carlota Tello. De este modo, la agresividad de Lagos fue atenuada por la construcción heroicizada del personaje, arrastrado por «la inevitable fuerza de la rabia contra la injusticia».

Lagos simboliza la indignación y la rebeldía ante la «desgarradora miseria de su pueblo», sumada a una situación de abuso y represión estatal que agraviaba persistentemente a la población de Huamanga, en donde el expolio, la violencia física y psicológica se condensarían en la muerte de esta joven, estimulando así la indignación colectiva.

Como adelanto de una de las conclusiones, debo señalar que los diversos medios desarrollaron un ambivalente relato de estas mujeres senderistas. Mientras que en el caso de Edith Lagos y la sociedad huamanguina se dice que fue el sentimiento de indignidad el que los movilizó contra «la injusticia» y violencia arbitraria, en el de Carlota Tello se señala que habrían sido los vicios de su carácter «enérgico» y cruel los que la lanzaron a una lucha teñida de venganzas y rencores, desmerecida y, finalmente, olvidable.

V. NOTAS FINALES

El último semestre del año 1982 —cuando la expansión de atentados terroristas y la conciencia creciente de la amenaza subversiva fue impactando en la escena pública y, particularmente, en la prensa—, las mujeres reseñadas fueron escogidas para mostrar rasgos de identidad de los militantes de base senderistas. La decisión de tomar a estas dos jóvenes se entiende mejor en el contexto de «ofensa patriarcal» que se construyó para dar una versión de sus vidas, como contrapartida a su inusitada fama y popularidad.

En este trabajo, he querido ensayar una reflexión sobre las referencias públicas acerca de las jóvenes senderistas, con las que se creó un estigma social, un pánico moral y de género, que colocó los sentidos comunes en

⁵⁵ Málaga, *op. cit.*

RICARDO CARO CÁRDENAS

contra de la emergencia de estas mujeres amenazantes y propiciatorias. Para tales efectos, los argumentos a favor de su criminalización se concentraron en sus rasgos biográficos y sociales. Es pertinente recordar que, en esos primeros años, la emergencia senderista destacaba públicamente por la impronta de una juventud provinciana marginada, bloqueada socialmente y limitada por sus condiciones de pobreza. Las acciones senderistas y la sucesiva represión —particularmente, contra los jóvenes— atrajeron las simpatías de la población, que proyectó, sobre la épica de esos jóvenes, la lucha por las aspiraciones colectivas de reconocimiento y justicia.

Con Carlota Tello no sólo se construyó un personaje transgresor; más que eso, se construyó un estigma social con la figura de una mujer alzada en armas. Los datos biográficos que fueron reunidos por la prensa intentaron causarle un irreparable daño moral para condenarla socialmente. Cabe añadir que no hubo alrededor de Carlota Tello el aura de heroicidad y decencia que tuvo Edith Lagos, y que fueron más bien el resentimiento y el apasionamiento desmedidos los rasgos de su insalvable desviación.

La fama de Tello tuvo un soporte fundamental en la prensa, no así en los corrillos sociales ayacuchanos, donde sí se difundió la leyenda de Edith Lagos como la joven rica y talentosa, y líder destacada de una generación de jóvenes huamanguinos que rápidamente la identificó como suya.

Con Lagos, la criminalización no tuvo éxito. La leyenda y las expresiones que se crearon inspiradas en ella, fundaron una percepción de su recuerdo y establecieron una memoria que ha persistido. Digamos que el recuerdo instalado y aún presente de Edith es el resabio de un senderismo idealizado, síntoma de una rebeldía compuesta con los reflejos de una sensibilidad social herida y un componente ideológico cargado de una idea crítica sobre el país y su historia⁵⁶. Tales rasgos, antes que alejarla de la conciencia colectiva, la acercaron y sintonizaron con factores estructurales de un descontento típico de las élites provincianas, quienes, además, se identificaron con su tragedia.

De otro lado, el personaje de Tello fue, durante algunos años, el único que fue tratado públicamente como la cara femenina de un senderismo «basurizado»⁵⁷, indigno y, por tanto, expulsado del centro de la memoria colectiva. La inicial puesta en escena de Carlota Tello constituyó una

⁵⁶ Sobre la «idea crítica», ver: Portocarrero y Oliart, *El Perú desde la escuela*, Instituto de Apoyo Agrario, Lima, 1989.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

parte del procedimiento que culminó con el desinterés periodístico cotidiano y, a la postre, histórico.

Sin embargo, no todo fue denigrable en la rebeldía protagonizada por estas jóvenes. En el caso de Edith Lagos, se aceptó su condición de senderista y se atenuó los móviles de sus acciones, a partir de la reconstrucción y valoración de su origen y estatus social, haciendo énfasis en aquellos aspectos que la «adecentan» y hacen visibles sus virtudes.

Considero que es interesante y oportuno revisar los modelos de transgresión femenina y las pautas emocionales con las que se les presentó públicamente. La imagen que se construyó sobre ellas trascendió y reforzó el modelo de perversión en el que los medios de prensa se empeñaron en inscribir a los senderistas. Este modelo fue eficaz para el caso de Carlota Tello, cuyo recuerdo será devorado por los mecanismos de una guerra que no sólo es ideológica y militar, sino también un enfrentamiento entre universos simbólicos en pugna y negociación que concluye con la liquidación del sujeto y su reemplazo por el estereotipo denigrante y deshumanizante.

Para un patriarcado que requiere prolongar el *statu quo* se trata, a fin de cuentas, de la memoria desterrada de un tipo de mujer que «no vale la pena».

⁵⁷ Silva, 2003, 2005.

Anexo

Director: **Alfonso Sánchez**
 de la Hermandad:
 Ramón Díaz
 Periodista:
 Roberto Rodríguez
 Teléfono: 0292-221111
 Fax: 0292-221111
 E-mail: alpanchis@alpanchis.com
 Web: www.alpanchis.com

Domingo 12/7/1982
 Año 10 - No. 885
 200 páginas
 200 ejemplares

el Caballero

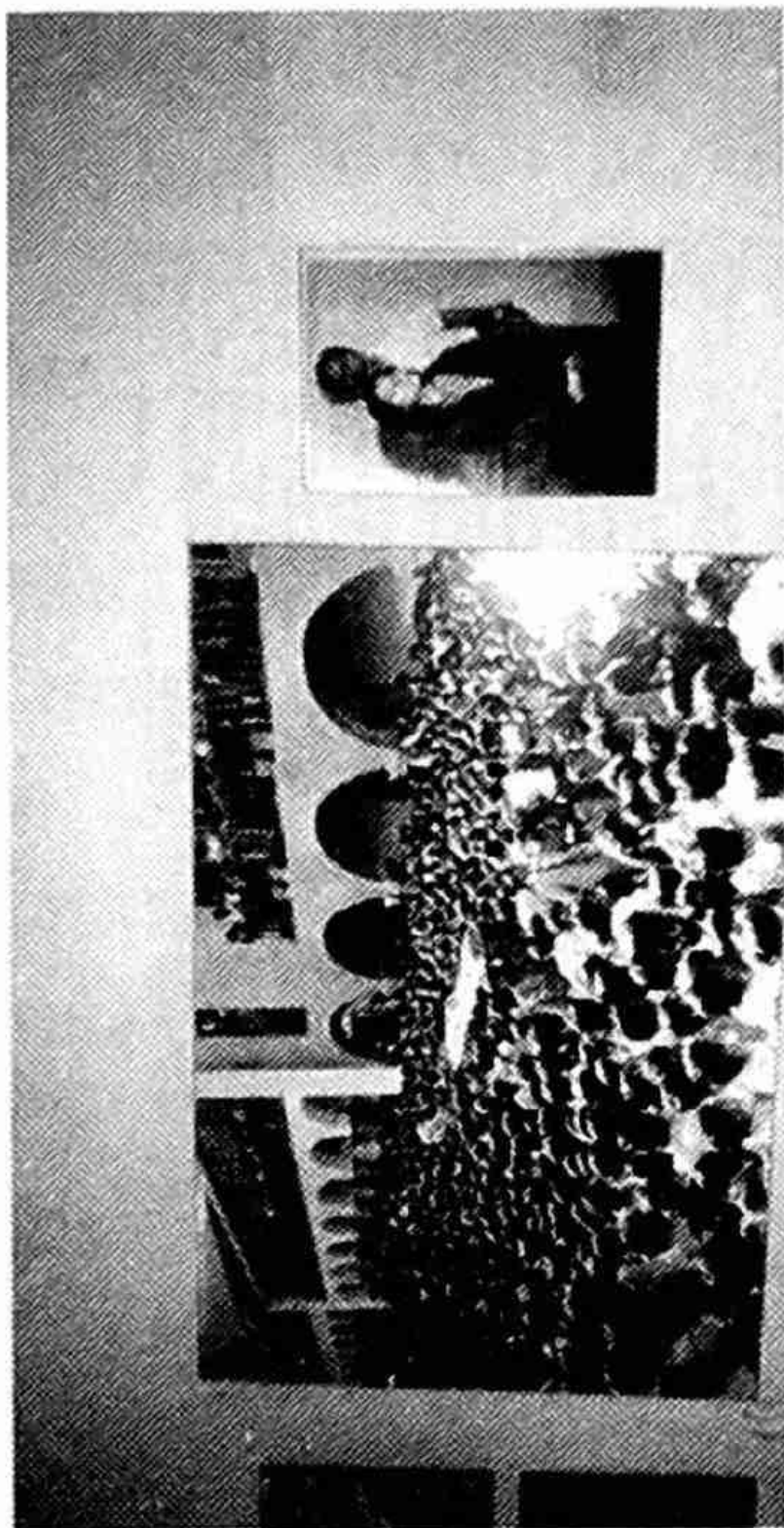
¡Le dispararon después de muerta!



BAYONETA MATO A EDITA

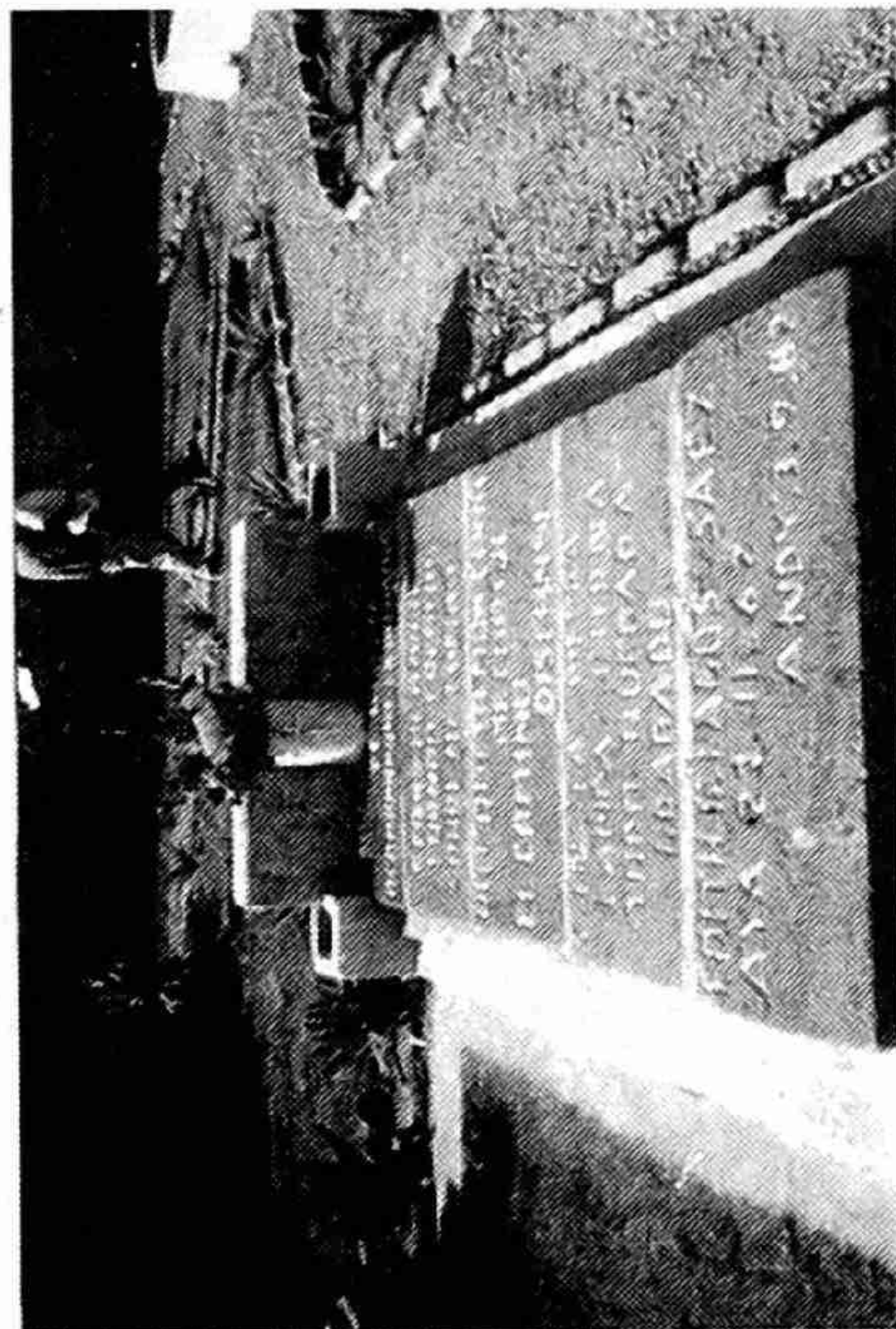
El Planeta plan de emergencia y nuevo Gobierno
Hoy: El mundial de vóley
Murió el padre de Jimmy Mensjé

Primera plana del Diario de Marka (setiembre 1982), denunciando el asesinato de Edith Lagos



Fotos del entierro (Huamanga, 1982) y de la detención de Edith Lagos (diciembre, 1980) en la exposición Yuyanapaq, de la CVR (2003-2005).

Foto: Ricardo Caro Cárdenas



Lápida de la tumba de Edith Lagos en el cementerio de Huamanga.

Foto: Ricardo Caro Cárdenas

bibliografía

COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN

2003 *Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*, nueve tomos, Lima.

DEGREGORI, Carlos Iván

1991 «Jóvenes y campesinos ante la violencia política: Ayacucho, 1980-1983», en: Urbano, Henrique (compilador) y Mirko Lauer (editor), *Poder y violencia en los Andes*, Centro Bartolomé de las Casas, Cusco.

CHÁVEZ DE PAZ, Dennis

1989 *Juventud y terrorismo. Características sociales de los condenados por terrorismo y otros delitos*, IEP.

DE LA CADENA, Marisol

2000 «La decencia en el Cusco de los años 20: la cuna de los indigenistas», en: Henríquez, Narda (compiladora), *El hechizo de las imágenes, status social, género y etnicidad en la historia peruana*, Fondo Editorial - PUCP.

DESCO

1989 *Violencia política en el Perú, 1980-1988*, dos tomos, Lima.

GORRITI, Gustavo

1991 *Sendero, historia de la guerra milenaria en el Perú*, Apoyo, cuarta edición.

JELIN, Elizabeth

2003 *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI Editores.

SER MUJER, JOVEN Y SENDERISTA

KIRK, Robin

1993 *Grabado en piedra. Las mujeres de Sendero Luminoso*, IEP, Lima.

PERALTA RUIZ, Víctor

2000 *Sendero Luminoso y la prensa, 1980-1994: la violencia política peruana y su representación en los medios*, Centro Bartolomé de las Casas-SID, Cusco, abril.

RÉNIQUE, José Luis

2004 «De la 'traición aprista' al 'gesto heroico': Luis de la Puente Uceda y la guerrilla del MIR» (<http://www.ciberayllu.com/>).

2003 *La voluntad encarcelada, las luminosas trincheras de combate de Sendero Luminoso del Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, Perú.

SILVA SANTISTEVAN, Rocío

2003 «Maternidad y basurización simbólica en mujeres supervivientes a crímenes de violencia política», en Editores varios, *Batallas por la memoria: antagonismos de la promesa peruana*, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, Lima, junio.

2005 «Basurización simbólica y discursos autoritarios», revista *Ideele*, No. 173, Instituto de Defensa Legal (IDL), Lima, octubre.

UCEDA, Ricardo

2004 *Muerte en el Pentagonito, los cementerios secretos del Ejército Peruano*, Planeta, Colombia.

VEGA-CENTENO, B.

2003 «La tradición oral como fuente para el estudio del imaginario de género», en: *Inculturación, identidades de género*, año 9, No. 2, julio-diciembre, Instituto de Estudios Aymaras (IDEA).

Diarios *El Comercio*, *El Diario de Marka*, *El Observador*, *La República*.

Revistas *Cambio*, *Caretas*, *El Búho*, *Equis X*, *Gente*, *Marka*, *Oiga*, *Quehacer*, *Testimonio*.

Semanario *Kausachun*.